

# Homilías Domingo Cuarto de Adviento (Ciclo C)

## + Lectura del santo Evangelio según San Lucas

*En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá, entró en casa de Zacarías, y saludó a Isabel.*

*En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo, y dijo a voz en grito: - ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!*

*¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre.*

*¡Dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.*

## Palabra del Señor

### HOMILÍAS

#### (A)

En nuestro léxico corriente utilizamos dos preguntas que parecen lo mismo y no lo son. Unas veces nos cuestionamos así: ¿quién soy yo? La respuesta apunta al sentido de la vida. Es una de las grandes cuestiones que toda persona tiene que afrontar para ser lo que está llamada a ser. Isabel, en el relato de Lucas, no se interroga por su identidad. Isabel se admira e interroga por lo que está presenciando. Una palabra inicial hace cambiar todo el sentido: ¿Pero quién soy yo? ¿Pero cómo es posible que a mí se me regale lo que se me está regalando? La pregunta ya tiene una connotación clara de lo que Isabel piensa de sí misma. Isabel se siente pequeña, sencilla, humilde, sin importancia, una mujer del

pueblo. Isabel no se puede imaginar que Dios la visite, que Dios se acuerde de ella, que Dios vaya a buscarla a su casa, más, a ponerse a su servicio. ¿Pero quién soy yo para que me des tanto, para que te acuerdes de mí de esta manera?

En la visita de María, Isabel se siente visitada por María y por Dios mismo. ¡Cómo se admira Isabel, la mujer del pueblo, de lo que Dios hace! En este último domingo de Adviento la liturgia nos pone la actitud de Isabel como modelo de actitud para acoger y recibir al Mesías.

Isabel está muy lejos de frases que indican reivindicación, paga, etc., como: «¡Ya está bien que te acuerdes de mí! ¡Ya es hora de que des señales de vida!

¡Ya es hora de que te dignaras venir a verme...!». Y un largo etcétera.

Isabel no se siente con derecho a nada. Isabel se siente sólo sorprendida, agradecida, agraciada. Reconoce que no tiene méritos. Todo el mérito está en Aquél que la visita y que María lleva en su vientre. Nos separan pocos días (podemos hablar ya de horas) del acontecimiento de la encarnación del Hijo de Dios, de la visita de Dios a su pueblo. El sentimiento de Isabel es rico y nos pone en nuestro sitio: visitados en el suelo por el Altísimo. Buscados por Dios allí donde estamos. No tenemos que movernos del sitio para ir a Dios. Sólo tenemos que mover y remover el corazón para acoger a Dios y poder exclamar como Isabel: ¿pero quién soy yo para que Dios se acuerde de mí?

No sé lo que eres. No me importa. Sólo sé que sí importas e importo a Dios, y Dios se mueve hacia mí y hacia ti porque nos quiere. No hay otra explicación. No pidas explicaciones al amor. El amor ama porque sí. ¿Te parece poca explicación ésta? En vez de romperte la cabeza intentando comprender, te invito a que descubras el sentimiento hondo, la fe profunda y gozosa, la fe admirada de Isabel: *¿pero quién soy yo?*

Con Isabel y con María, con María y con Isabel puedes tener por seguro que estarás en buena compañía para preparar la venida del Señor.

(B)

## « MADRE CREYENTES »

Juan el Bautista proclamaba en voz alta lo que sentían muchos en aquel momento: hay que cambiar; no se puede seguir así; hemos de volver a Dios. Entendían su llamada a la «*conversión*». Según el evangelista Lucas, algunos se sintieron cuestionados y se acercaron al Bautista con una pregunta decisiva: *¿qué podemos hacer?*

La escena es conmovedora. La ha compuesto Lucas para crear la atmósfera de alegría, gozo profundo y alabanza que ha de acompañar al nacimiento de Jesús. La vida cambia cuando es vivida desde la fe. Acontecimientos como el embarazo o el nacimiento de un hijo cobran un sentido nuevo y profundo.

Todo sucede en una aldea desconocida, en la montaña de Judá. Dos mujeres embarazadas conversan sobre lo que están viviendo en lo íntimo de su corazón. No están presente los varones. Ni siquiera José, que podía haber acompañado a su esposa. Son estas dos mujeres, llenas de fe y de Espíritu, quienes mejor captan lo que está sucediendo.

María «*saluda*» a Isabel. Le desea todo lo mejor, ahora que está esperando un hijo. Su saludo llena de paz y de gozo toda la casa. Hasta el niño que lleva Isabel en su vientre «*salta de alegría*». María es portadora de salvación: es que lleva consigo a Jesús.

Hay muchas maneras de «saludar» y de acercarnos a las personas. María trae paz, alegría y bendición de Dios. Lucas recordará más tarde que era eso precisamente lo que su hijo Jesús pedía a sus seguidores: «*en cualquier casa que entréis, decid lo primero: Paz a esta casa*».

Desbordada por la alegría, Isabel exclama: «*Bendita tú entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*». Dios está siempre en el origen de la vida. Las madres, portadoras de vida, son mujeres «bendecidas» por el creador: el fruto de sus vientres es bendito. María es la «bendecida» por excelencia: con ella nos llega Jesús, la bendición de Dios al mundo.

Isabel termina exclamando: «*Dichosa tú, que has creído*». María es feliz porque ha creído. Ahí está su grandeza e Isabel sabe valorarla. Estas dos madres nos invitan a vivir y celebrar desde la fe el misterio de la Navidad.

Feliz el pueblo donde hay madres creyentes, portadoras de vida, capaces de irradiar paz y alegría. Feliz la Iglesia donde hay mujeres «*bendecidas*» por Dios, mujeres felices que creen y transmiten la fe a sus hijos e hijas. Felices los hogares donde unas madres buenas enseñen a vivir con hondura la Navidad.

### (C)

A las puertas de la Navidad se nos ofrece nuevamente la figura de María como motivo de reflexión...

Termina el evangelio del Magnificat diciéndonos que María se quedó tres meses...¿Tres meses para qué? Tres meses para servir...Aquí voy a centrar esta sencilla reflexión que comparto con vosotros.

Uno de los rasgos más característicos del amor cristiano es saber acudir a quien puede estar necesitando nuestra presencia.

Ese es el primer gesto de María después de acoger con fe la misión de ser madre del Salvador. Ponerse en camino y marchar a prisa junto a otra mujer que necesitaba en esos momentos de su cercanía.

Hay una manera de amar que debemos recuperar en nuestros días y que consiste en "acompañar a vivir" a quien se

encuentra hundido en la soledad, bloqueado por la depresión, atrapado por la enfermedad o sencillamente vacío de alegría o de esperanza.

Estamos consolidando entre todos una sociedad hecha sólo para los fuertes, los agraciados, los jóvenes, los sanos y los que son capaces de gozar y disfrutar de la vida. Estamos fomentando así un "segregarismo social".

Reunimos a los niños en las guarderías, instalamos a los enfermos en las clínicas y hospitales, guardamos a nuestros ancianos en asilos y residencias, encerramos a los delincuentes en las cárceles y ponemos a los drogadictos bajo vigilancia...Así todo nos parece que está en orden.

Cada uno recibirá allí la atención que necesita, y los demás nos podremos dedicar con más tranquilidad a trabajar y disfrutar de la vida sin ser molestados.

Entonces procuramos rodearnos de personas simpáticas y sin problemas que no pongan en peligro nuestro bienestar.

Convertimos la amistad y hasta el amor en un intercambio mutuo de favores y logramos vivir "bastante" satisfechos. Sólo que así no es posible contagiar y dar vida. Así se explica que muchos aún habiendo logrado un nivel elevado de bienestar y tranquilidad, tengan la impresión de que viven sin vivir y que la vida se les escapa aburridamente entre las manos.

El que cree en la Encarnación de un Dios que ha querido compartir nuestra vida y acompañarnos en nuestra indigencia, se siente llamado a vivir de otra manera.

Es mentira creer en un Dios que camina con nosotros y nos visita y, a la vez, encerrarnos en nuestro pequeño mundo y en nuestros problemas.

No se trata de hacer "grandes cosas". Quizá sencillamente ofrecer nuestra amistad a ese compañero o vecino que se encuentra hundido en la soledad o la desconfianza, quizá se trate de estar cerca de ese joven propenso a la depresión, quizá se trate de tener paciencia con ese anciano que busca ser

escuchado por alguien, quizá se trate de estar cerca de esos padres que tienen un hijo delincuente o drogadicto, o quizá se trate de alegrar el rostro entristecido de ese niño cuyos padres se han separado.

Este amor que nos hace tomar parte en las cargas y el peso que tiene que soportar cualquier hermano, es un amor "salvador", pues libera de la soledad e introduce una esperanza y alegría nueva en quien sufre, pero se siente acompañado en su dolor...

No olvidemos a las puertas de celebrar nuevamente la Navidad este sencillo pero significativo gesto de la Virgen.

**(D)**

### **FELIZ EL QUE CREE**

*Dichosa tú que has creído*

B. Pascal se atrevió a decir que «nadie es tan feliz como un cristiano auténtico». Pero, ¿quién puede creer hoy realmente esto? La inmensa mayoría piensa más bien que la fe poco tiene que ver con la felicidad. En todo caso, habría que relacionarla con una salvación futura y eterna que queda lejos todavía, pero no con esa felicidad concreta de cada día que ahora mismo nos interesa.

Más aún. Son bastantes los que piensan que la religión es un estorbo para vivir la vida de manera intensa y espontánea, pues empequeñece a la persona y mata el gozo de vivir. Además, ¿porqué iba a preocuparse un creyente de ser feliz? Vivir como creyente, ¿no es fastidiarse siempre más que los demás? ¿No es seguir un camino de renuncia y abnegación? ¿No es, en definitiva, privarnos de felicidad?

Lo cierto es que los cristianos no parecen mostrar con su manera de ser y de vivir que la fe encierre una fuerza decisiva para enfrentarse a la vida con dicha y plenitud interior.

Muchos nos ven más bien como F. Nietzsche al que los creyentes le daban la impresión de ser «personas más encadenadas que liberadas por Dios».

¿Qué ha sucedido? ¿Por qué se habla tan poco de la felicidad en las iglesias? ¿Por qué muchos cristianos no descubren a Dios como el mejor amigo de su vida?

Como ocurre tantas veces, parece que también en el cristianismo se ha perdido la experiencia original que al comienzo lo vivificaba y animaba todo. Al enfriarse aquella primera experiencia y acumularse luego otras capas ideológicas y otros códigos y esquemas religiosos, a veces bastante extraños al evangelio, la alegría cristiana se fue oscureciendo.

¿Cuántos sospechan hoy que lo primero que uno escucha cuando se acerca a Jesucristo es una llamada a ser feliz y a hacer un mundo más dichoso?

¿Cuántos pueden pensar que lo que Jesús ofrece es un camino por el que podemos descubrir una alegría diferente que puede transformar desde ahora nuestra vida?

¿Cuántos creen que Dios busca sólo y exclusivamente nuestro bien y felicidad, que no es un ser celoso que sufre al vernos disfrutar, sino alguien que nos quiere desde ahora gozosos y felices?

Estoy convencido de que una persona está a punto de tomar en serio a Jesucristo cuando intuye que en él puede encontrar lo que todavía le falta para ser feliz con una felicidad más plena y verdadera.

El saludo a María: «Feliz tú que has creído» puede extenderse, de alguna manera, a todo verdadero creyente. A pesar de todas las incoherencias y de toda la infidelidad que habita nuestras vidas mediocres, feliz también hoy el que cree en el fondo de su corazón.

**(E)**

**LA MENTIRA DE LA NAVIDAD**

## *María se puso en camino*

Uno de los rasgos más tristes de nuestra sociedad contemporánea es la capacidad de vaciar de contenido y de verdad las fiestas y los acontecimientos más entrañables. Y la Navidad es sin duda una de las fiestas más estropeadas por el hombre de hoy. Unas fiestas de significado profundo para los creyentes, son celebradas hoy entre nosotros, sin que apenas se conozca su motivación original y su verdadero contenido. Por eso, puede ser bueno, aunque resulte duro, el denunciar humildemente, pero con lucidez, la mentira inmensa de nuestra Navidad.

Es mentira creer en un Dios que se ha hecho solidario de la humanidad y, al mismo tiempo, organizarse la Navidad y la vida entera de manera individualista y egoísta, ajenos totalmente a los problemas de los demás.

Es mentira creer que Dios se ha hecho hombre buscando la liberación plena de la humanidad, y no esforzarse por ser más humano cada día y trabajar por un mundo más justo y más liberado.

Es mentira creer que Dios ha querido compartir nuestra vida para restaurar todo lo humano, y, al mismo tiempo, colaborar en la deshumanización de nuestra sociedad, atentando de alguna manera contra la dignidad de la persona y los derechos de cada hombre.

Es mentira creer en un Dios que se ha entregado hasta la muerte por defender y salvar al hombre y, al mismo tiempo, pasarse la vida sin hacer nada por nadie.

Es mentira enviar felicitaciones a los familiares y amigos, y desear un feliz año nuevo, y, al mismo tiempo, no hacer nada por lograr un mundo más feliz para todos.

Es mentira cantar y celebrar la paz en estas fiestas navideñas, y no hacer nada porque desaparezcan las causas de los conflictos y quede desterrada la violencia de nuestra sociedad.



Es mentira hacer regalos a nuestros hijos, familiares y amigos, y no saber regalarles nuestra cercanía, nuestra comprensión, nuestra ayuda gratuita.

Es mentira aprovechar la Navidad como una ocasión para realizar gestos tranquilizantes de «caridad», y vivir luego sosteniendo una sociedad clasista cuyas diferencias e injusticias se hacen más palpables durante estas fechas.

## (F)

En un colegio le pusieron a un grupo de niños este ejercicio: “Di por qué te gustan las Navidades”. Y una niña de diez años, llamada Vanesa, respondió así: “No me gustan las vacaciones de Navidad. Prefiero seguir en el colegio. Aquí, por los menos, me río; y en casa con mis padres riñen siempre, lloro mucho. Mi madre me dice: Tienes que estudiar mucho para que el día de mañana seas médico o abogada o algo importante, lo que nosotros no hemos podido llegar a ser. Y yo le digo: Mira, mamá, yo no quiero ser médico ni abogada, ni nada. Yo lo único que quiero es vivir en una casa donde todos se quieran».

Como lo estoy contando así sucedió.

En las Navidades, en miles de casas se compran juguetes. Los padres no regatean en precios. «Por mis niños hago yo lo que sea», dice el padre. Y la madre se volcará en toda clase de caprichos que se pueden imaginar para «el rey de la casa».

Pero, ¿y si este «rey» quisiera algo muy distinto de juguetes? ¿y si allá en el fondo de su corazoncito lo único que realmente espera fuera un poco de paz, un rincón caliente en el que ser feliz?

Lo que pasa es que con frecuencia pensamos que los niños son tontos, que no se enteran de nada, que con cualquier chuchería se les engatusa. Pero no hay en realidad mejor juez que los ojos de un niño.

¡Qué distintas serían las vidas de las personas mayores si nos diéramos cuenta de que los niños nos miran! Están como

jugando, como distraídos; hacen como que no se enteran, pero perciben todo. Son un barómetro. Y esa palabra que nosotros no valoramos queda ahí, en su alma, para siempre.

Luego los padres se quejan: «No hay modo de que este crío obedezca. No sé quién le ha metido el diablo en el cuerpo» .

Hermanas y hermanos: los ángeles en Navidad anuncian la paz a los hombres. Pero es en la niñez donde se juega el futuro del mundo y de las personas. «El hombre que ha acumulado muchos buenos recuerdos en la infancia -escribió el novelista ruso Dostoievski-, ese ya está salvado para siempre».

Pero, ¿qué recuerdos estará acumulando la pequeña Vanesa -de quien os hablé al principio-, la que prefiere que en Navidades no le dieran vacaciones, la que preferiría permanecer en el colegio porque en él, al menos, se ríe?

Que los niños vean que sus papás se quieren y les quieren y así sean felices en sus casas. Esto es imprescindible para educados. Y no olvidemos que la gran mayoría de los delincuentes lo son porque en su niñez no han tenido esto.

**P. Juan Jáuregui Castelo**